Este relato ha sido enviado por cuatro hermanos residentes en Madrid. Su padre, gran aficionado a la historia, investigó durante muchos años la participación de sus antepasados en diversos acontecimientos históricos. Sobre la base de los datos obtenidos, redactó un conjunto de narraciones que describen como su familia estuvo involucrada en buena parte de los hechos políticos y campañas militares de la Guerra de la Independencia.
El grado de parentesco entre los protagonistas de las narraciones y los hermanos que las han remitido aparecen mediante notas a pie de página distribuidas a lo largo del texto, igualmente figuran la bibliografía y las referencias de los diferentes archivos consultados.

Juan Ximénez en el segundo sitio de Zaragoza

Juan Ximénez[1] contemplaba desde el Monte Torrero el avance de las columnas francesas sobre Zaragoza. Veinte días antes ya había aparecido el enemigo frente a la ciudad pero, sorprendentemente, se había retirado a Alagón. Esas tres semanas de relativa tranquilidad permitieron que los ingenieros españoles siguieran fortaleciendo Zaragoza y sus alrededores. No contentos con fortificar la ciudad, construyeron una línea avanzada exterior sobre el Canal Imperial, con baterías y reductos en el puente de la Muela, las grandes esclusas, el Cabezo de Buenavista, el puente de América y el Monte Torrero.

Las tropas que se encierran en Zaragoza, bajo las órdenes del capitán general Palafox, son muy poderosas. En opinión de muchos son excesivas en número y algunas de ellas deberían abandonar la ciudad para colaborar en la defensa desde el exterior. Los defensores de la ciudad están integrados por unidades de los ejércitos españoles del Centro y de la Reserva que se han refugiado en la capital de Aragón tras la derrota en la batalla de Tudela. Además, les apoyan varias unidades de voluntarios y de milicias que se han entrenado con entusiasmo para entrar en combate. En total, los soldados españoles superan los 32.000 hombres.

Hoy, al amanecer del 21 de noviembre de 1808, la tregua ha finalizado. Los franceses avanzan con todas sus fuerzas sobre la población. En la tarde de ayer, las tropas de los mariscales Moncey y Portier, unos 34.500 hombres, se situaron enfrente de las posiciones del Canal y del Monte Torrero, escuchándose por la noche los trabajos de construcción de las baterías que secundarán el ataque de la jornada siguiente.

Al verlos aparecer, en esta fría mañana, Juan Ximénez recuerda la amarga derrota que esas mismas tropas infringieron al ejército español en Tudela. La desastrosa batalla originó que su unidad perdiera casi 600 hombres y dos banderas[2].

La pérdida es más dura todavía puesto que Juan Ximénez era amigo de muchos de los fallecidos. No en vano lleva sirviendo en este regimiento desde 1796. Doce años en los que había compartido muchas

---

[1] Abuelo sexto.
[2] Base de datos sobre las unidades militares en la Guerra de la Independencia Española. Historial del Regimiento de Voluntarios de Castilla. Juan José Sañudo Bayon.

experiencias con los soldados, suboficiales y oficiales que sucumbieron en Tudela.

Pero ahora la situación es diferente: la moral es alta, las fuerzas españolas ocupan sólidas posiciones y el pueblo de Zaragoza está dispuesto a luchar hasta la muerte. La victoria sobre los franceses en el primer asedio se va a repetir, sin duda, otra vez.

Las posiciones exteriores de Zaragoza están defendidas por 10.000 españoles de las divisiones de Saint-Marcq y O´Neille. Por su parte, el arrabal de San Lázaro está ocupado por 3.000 hombres a las órdenes del general Manso. Integrados en la división Saint-Marcq, los 600 hombres del regimiento de Voluntarios de Castilla son mandados hoy por el capitán Juan Ximénez, debido a la enfermedad de sus superiores[3].

A las ocho de la mañana se inicia el bombardeo de la artillería francesa. Juan Ximénez observa cómo las columnas azules de la infantería enemiga se colocan frente a sus posiciones en el Monte Torrero. Se trata de la segunda brigada de la división Grandjean. Mientras los españoles se preparan para repeler el inminente ataque, la primera brigada de Grandjean se apodera del lugar donde el Canal atraviesa el baranco de la Muerte. Tras este éxito, los franceses avanzan por la orilla izquierda del Canal, colocándose entre el Monte Torrero y la ciudad. Buena parte de las defensas exteriores de la ciudad estaban rodeadas.

Simultáneamente, el general Morlot asalta, por el centro de la línea española, la cabeza de puente de las esclusas, expulsando a los defensores y tomando dos cañones y un obús. En el extremo izquierdo, la división Suchet toma las alturas de la Bernardona, amenazando con desplazarse a la retaguardia del Monte Torrero y las grandes esclusas.

En esta situación, Juan Ximénez recibe la orden de retirar el regimiento de Voluntarios de Castilla al interior de Zaragoza, junto a toda su división. Con rapidez, por el miedo a ver cortada la retirada, las fuerzas españolas se acogen a la seguridad que otorga el interior de la ciudad. Por el valor demostrado en esta acción, Palafox, capitán general de Aragón, otorgaría a Juan Ximénez, algunos días más tarde, el grado de teniente coronel[4].

Desgraciadamente, todas las líneas exteriores de defensa de Zaragoza cayeron en poder de los franceses solamente tres horas después de iniciarse el segundo asedio.

Juan Ximénez fue destinado entonces a defender la batería de los Tejares, que se encontraba contigua a las balsas del “Ebro viejo”[5]. Esta batería era una de las construcciones que habían sido creadas para defender el arrabal de San Lázaro y estaba mandada por el coronel de artillería Manuel de Velasco. En la tarde del mismo día 21, esa batería se distinguió al ocasionar grandes pérdidas a la primera brigada del general francés Gazan que intentaba ocupar ese arrabal.

---

[3] Expediente de Juan Miguel Ximénez Velasco. Legajo J-525. Archivo General Militar de Segovia.
[4] Expediente de Juan Miguel Ximénez Velasco. Legajo J-525. Archivo General Militar de Segovia.
[5] Expediente de Juan Miguel Ximénez Velasco. Legajo J-525. Archivo General Militar de Segovia.

Tres jornadas más tarde, las tropas imperiales rodearon totalmente Zaragoza y ya nadie podía salir o entrar en la ciudad sin su consentimiento. Además, construyeron puentes sobre el Ebro y el Huerva para asegurar el cerco.

El ataque a Zaragoza se llevó a cabo mediante tres líneas de aproximación. La primera de ellas, situada a la derecha, se dirigió contra el convento de San José y el trozo del recinto situado detrás él. La segunda, o del centro, contra la cabeza del puente del Huerva y el convento de Santa Engracia. La tercera, ubicada a la izquierda, se dirigió contra el castillo para distraer a los asediados de las auténticas líneas de ataque. Para llevar a cabo estos proyectos de asalto los ingenieros franceses construyeron trincheras, paralelas, cortaduras y baterías que permitían el acercamiento a la ciudad de las tropas atacantes y la destrucción de las posiciones españolas.

El 29 de diciembre se produjo el relevo en el mando supremo francés, Napoleón Bonaparte ordenó que el general Junot se hiciera cargo del asedio de Zaragoza, reemplazando a los mariscales Moncey y Mortier.

En los primeros días de enero de 1809 el número de defensores de Zaragoza en condiciones de tomar las armas se había reducido a 20.000 hombres como consecuencia de la importante epidemia que asolaba la ciudad. De esta forma, la ausencia de alimentos frescos, el hacinamiento de militares y civiles y el frío fueron enemigos peores, en muchas ocasiones, que las balas de los sitiadores. Buena muestra de lo anterior es que en la revista del día 15 de enero el regimiento de Voluntarios de Castilla contaba con 227 hombres sanos y 267 enfermos, habiendo sufrido 81 bajas durante el asedio[6].

Desde la batería de los Tejares, que no corría riesgo inminente de caer en poder del enemigo, Juan Ximénez fue destinado a la defensa del reducto del Pilar o de la cabeza del puente, donde se concentraba una de las líneas fundamentales del ataque de los sitiadores[7]. Esta fortificación se encontraba en el frente sur de la ciudad, aprovechando el barranco del río Huerva, y actuaba como cabeza de puente de la puerta de Santa Engracia. En ese momento, era la última posición que los españoles conservaban extramuros de la ciudad.

Los franceses empezaron a batirla, junto al convento de San José, el 10 de enero con 32 piezas de artillería. Los defensores utilizaron con eficacia sus cañones y fusiles, logrando desmontar algunas de las piezas sitiadoras. Pero, temiendo un próximo asalto, las piezas de artillería fueron retiradas por la noche al interior de la ciudad. En efecto, tal como era previsible, la artillería francesa siguió su labor desde las seis de la mañana del 11 de enero y, a las tres de la tarde, un batallón atacó y conquistó el convento de San José. Simultáneamente, simularon un ataque sobre el reducto del Pilar que produjo el pánico entre sus defensores, pero fue contenido con la ayuda de otras tropas próximas.

---

[6] Base de datos sobre las unidades militares en la Guerra de la Independencia Española. Historial del Regimiento de Voluntarios de Castilla. Juan José Sañudo Bayon.

[7] Expediente de Juan Miguel Ximénez Velasco. Legajo J-525. Archivo General Militar de Segovia.

El día 13 los imperiales consiguieron acercar sus trincheras a quince pasos del reducto y construyeron una nueva batería para atacarlo. Finalmente, el 15 de enero cinco baterías franceses concentraron sobre él todo su poder de destrucción y, a las ocho de la tarde, 200 hombres del primer regimiento del Vístula lo conquistaron, aunque, previamente, las fuerzas españolas volaron el puente y se atrincheraron en la orilla izquierda del Huerva. Después de este éxito, los franceses se hicieron dueños de toda la margen derecha del río, con lo que pudieron avanzar sus trincheras contra la muralla en las zonas de Santa Engracia y Puerta Quemada.

A partir de entonces, Juan Ximénez pasó a defender con sus hombres el convento de Santa Engracia[8]. Este edificio, que estaba arruinado, se había convertido en una auténtica ciudadela, artillada con piezas de grueso calibre.

En el amanecer del 26 de enero la artillería francesa, distribuida en trece baterías, empezó a disparar sobre la plaza. Especial éxito tuvo su tarea destructora en el convento de Santa Mónica, en el que se abrieron varias brechas: una en la terraza alta, la segunda en el jardín y la tercera en el muro que estaba frente al convento de San José. Además, consiguieron derribar la fachada del convento de Santa Engracia y la tapia de su jardín. En las horas siguientes continuó el duro bombardeo sobre la ciudad, en general, y sobre el convento de Santa Engracia, en particular. El 27 de enero se produjo un gran ataque francés que fracasó en Santa Mónica y en la calle del Pabostre, donde sólo se ocuparon unas casas, pero triunfó en el convento de Santa Engracia.

Así, cuando esta última construcción estuvo totalmente derruida por la artillería, el coronel de ingenieros Rogniat dirigió el asalto. Dos compañías con una sección de zapadores avanzaron primero por la tapia hasta llegar a la brecha. Al llegar allí, otras dos compañías y el resto del regimiento del Vístula les cubrieron. Los españoles se defendieron de una manera valerosa, mas un grupo de asaltantes entró por sorpresa en la batería de los Mártires, por un hueco abierto en un muro lateral, y consiguió dominar la posición, la plaza que se encontraba detrás de la misma e, incluso, el pequeño convento de las Capuchinas. Las fuerzas españolas contraatacaron con tesón, pero dos batallones de refuerzo franceses consiguieron afianzar las conquistas de aquella jornada.

Habiendo conseguido los sitiadores entrar en el recinto de la ciudad, se inició una fiera y dura lucha casa por casa y calle por calle en el casco urbano. Esto fue así, porque cuando los franceses irrumpieron en el interior de Zaragoza se encontraron que las calles estaban bloqueadas con barricadas y que los inmuebles se habían convertido en fortines. Además, muchos de los habitantes se incorporaron heroicamente a una lucha que, hasta ese momento, se había sostenido sólo por los miembros del ejército regular español. Para

[8] Expediente de Juan Miguel Ximénez Velasco. Legajo J-525. Archivo General Militar de Segovia.

superar estos formidables contratiempos y socavar la resistencia, los franceses decidieron utilizar minas.

Las memorias del general Marbot ponen de manifiesto la obstinación de los zaragozanos y su guarnición en la defensa de su ciudad:

"El encarnizamiento de los españoles es tan grande que, aun cuando los martillazos producidos al minar una casa les anunciasen la muerte, ellos no abandonan la habitación que habían jurado defender. Nosotros les oíamos entonar sus letanías y después, tan pronto como las paredes lanzadas al aire por la explosión volvían a caer con estrépito, aplastando a la mayor parte de ellos, los que escapaban al desastre se agrupaban sobre los escombros y trataban de defenderlos atrincherándose". [9]

Por aquellas fechas, el mariscal Lannes envió una misiva a Napoleón donde le decía:

"Es una guerra que da horror; la ciudad arde por tres o cuatro sitios; está acribillada a bombas; pero esto no intimida a nuestros enemigos" "Jamás presencié en todas nuestras guerras nada que se parezca a la defensa de Zaragoza… He visto a las mujeres dejarse matar en la brecha… Esta es una guerra que horroriza"

En esta fase del asedio, Juan Ximénez participó, en primer lugar, en la defensa del convento de Santa Mónica[10]. En efecto, en la noche del 28 al 29 de enero, la artillería consiguió abrir una brecha practicable en la terraza alta del convento de Santa Mónica, por lo que las tropas defensoras hubieron de parapetarse entre los arcos del claustro, tras una doble fila e cajones rellenos de tierra. Por este motivo, el regimiento de Voluntarios de Castilla fue destinado en su integridad a defender ese convento. En ese momento, solamente eran 194 hombres sanos[11].

En la tarde de ese mismo día fue herido el teniente coronel Villacampa, que era el jefe de la posición, y su sucesor en el mando ordenó la retirada ante el riesgo de que los franceses les rodeasen. Desde allí, las fuerzas sitiadoras atacaron el convento y la iglesia de San Agustín el 1 de febrero: los españoles empezaron defendiendo las puertas de la iglesia, luego su interior y, finalmente, se hicieron fuertes en el campanario. Durante días se combatió en la escalera, peldaño por peldaño, hasta que murieron los últimos cuatro defensores.

En las jornadas que siguieron se extendió el combate por las calles y casas de Zaragoza. El regimiento de Voluntarios de Castilla y Juan Ximénez se distinguieron sosteniendo las trincheras de la plaza de la Magdalena el día 5 de febrero[12]. Un día más tarde, los atacantes se

---

[9] Marbot: Memorias. Madrid. 1965.
[10] Expediente de Juan Miguel Ximénez Velasco. Legajo J-525. Archivo General Militar de Segovia.
[11] Base de datos sobre las unidades militares en la Guerra de la Independencia Española. Historial del Regimiento de Voluntarios de Castilla. Juan José Sañudo Bayon.
[12] Expediente de Juan Miguel Ximénez Velasco. Legajo J-525. Archivo General Militar de Segovia.

esforzaron en conquistar la iglesia y las últimas edificaciones del hospital de Huérfanos, lugar donde se apoyaba el gran parapeto de los defensores de la Magdalena, pero tampoco lo consiguieron. Finalmente, el día 7 los españoles abandonaron el hospital de Huérfanos y el gran parapeto de la plaza de la Magdalena, tras incendiar el edificio.

Los franceses continuaron su penoso avance hacia el Coso en los sectores que ocupaban. De tal forma, el día 10 atacaron el monasterio de San Francisco después de haberlo minado con 1.000 kilos de explosivos y el 18 conquistaron la casa baluarte que protegía la Universidad.

Ese mismo día sucedió un hecho de gran trascendencia y que hizo mucho más difícil la tenaz defensa de los asediados, tras un bombardeo de 52 piezas de artillería, el arrabal de San Lázaro fue conquistado por tres columnas de la división Gazán, haciendo prisioneros a 2.500 españoles y 17 cañones.

Dos jornadas más tarde, Palafox, que estaba gravemente enfermo, cedió el mando a una Junta formada por cuarenta miembros y presidida por el regente de la Audiencia. A la vista de la imposibilidad de recibir socorros y teniendo presente que cada día fallecían entre 600 y 700 personas como consecuencia de la epidemia y el hambre, la Junta decidió capitular.

La resistencia de Zaragoza fue realmente heroica tras aguantar veintinueve días los bombardeos y trabajos de aproximación a su recinto y resistir veintitrés días el avance, casa a casa, de las tropas invasoras, una vez que éstas lograron penetrar en el interior de la ciudad.

Al medio día del 21 de febrero de 1809 los 8.200 supervivientes de la guarnición de Zaragoza salieron por la puerta del Portillo y depositaron las armas delante de la Aljafería. En otras zonas de la ciudad y en el arrabal fueron apresados 4.000 mil hombres más. Todos aquellos que juraron fidelidad al rey José fueron liberados, el resto de los defensores fueron trasladados a Francia como prisioneros[13].

Durante el asedio fallecieron en Zaragoza 53.873 habitantes o personas refugiadas. La ciudad quedó convertida, en buena parte, en un amasijo de ruinas y cadáveres.

Por su parte, el regimiento de Voluntarios de Castilla sufrió un centenar de muertos durante el asedio de la capital aragonesa, encontrándose enfermos o heridos 257 hombres de los 496 supervivientes[14]. Por el valor demostrado, esta unidad recibió el sobrenombre dentro del Ejército de “el héroe”.

Pocas jornadas antes de la rendición, Palafox quiso premiar a Juan Ximénez por sus méritos con un nuevo ascenso. No obstante, éste último lo rehusó considerando inútil dicha gracia a la vista de su futuro

---

[13] La descripción del segundo asedio de Zaragoza se ha extraído de las obras “Guerra de la Independencia”. Servicio Histórico Militar. Volumen III. Juan Priego López. Páginas 297 a 333. 1972, La Guerra de la Independencia Española. Ramón Solis. Barcelona. 1973 y Los Sitios de Zaragoza. Francisco Escribano. Asociación los Sitios.

[14] Base de datos sobre las unidades militares en la Guerra de la Independencia Española. Historial del Regimiento de Voluntarios de Castilla. Juan José Sañudo Bayon.

incierto de prisionero de guerra. Por tal motivo, solicitó, el 23 de enero, que el capitán general nombrase subteniente a su hijo de seis años de edad, José Ximénez, que se encontraba en Badajoz junto a su madre. Petición que fue atendida.

Tras la rendición, Juan Ximénez fue conducido cautivo a Francia, concretamente a Nancy, donde permaneció durante cinco años y tres meses. El traslado desde Zaragoza a Nancy fue especialmente penoso: los prisioneros fueron saqueados y algunos de ellos fusilados, incumpliendo todas las condiciones del armisticio.

Desde dicha ciudad consiguió hacer llegar una carta a Badajoz en septiembre de 1812 dando noticias sobre su persona y acompañando una copia del nombramiento de su hijo José como subteniente. Isabel Moro[15], que era la esposa de Juan Ximénez, lo recibió y lo trasladó a la regencia que gobernaba España para que fuera confirmado. Y en efecto, el nombramiento que en su día realizara Palafox fue revalidado y José Ximénez obtuvo el empleo de subteniente el 11 de enero de 1813 a pesar de sus diez años de edad[16].

[15] Abuela sexta.
[16] Expediente de Juan Miguel Ximénez Velasco. Legajo J-525. Archivo General Militar de Segovia.